

—No te preocupes. Él también bebe y se rebusca.

Así aprendió a ser camarero. La gringada borracha, bailando y dando gritos al son de la pianola, no se enteraba de que él bebía lo mismo que ellos y gozaba robándoles.

Una noche, mientras cazaba gringas en el muelle, subió a la panga la McLean y le hizo señas de guiar hacia el pontón.

Felipe se imaginó lo peor. Seguramente se ha enterado de que hago macalusias. Va a echarme del hotel; pero, primero, va a ajustarme las verdes y las maduras.

Ya en el pontón, se le acercó mimosa:

—Mi sobrina Pamela decir a mí que tú tener calibre **wonderful**. Yo ser golosa y muy ardiente, **you know?** Querer probar ahora.

Desde esa noche, Felipe fue el amante de turno de la McLean, quien lo tomó a su servicio, lo hizo vestir debidamente y lo mostraba como quien luce a un chulo. Además, muy a tono con su carácter esclavista, lo negoció con otras gringas. Lo vendía por las noches. Felipe recibía su porcentaje.

Cuando a altas horas de la noche la Mclean se entretenía con Pipe en el pontón le decía socarrona: Tú ser un negro, **playboyamente** mujeriego.

La amistad de Felipe con la McLean terminó cierta vez que ella quiso venderlo a un oligarca degenerado. El tipo, bien borracho, persistía en que Felipe fuera con él al cuarto. La gringa no hacía más que decir es hombre rico; sólo querer mirarte y es buen cliente. Felipe dijo **nopis**.

—Me emputé con la gringa. Carajo, no voy nada. Yo sólo clavo gringas.

En castigo por su desobediencia, la Mclean lo rebajó de categoría y lo obligó nuevamente a ser mesero.

—¿Te fijas quiénes están en el salón? —le dijo el Mogo—. Sí, allí en aquella mesa. Mira con disimulo.

En efecto, allí estaban, con dos soberbias hembras, Marino Olaya y Serafín del Carmen. Compañeros de juego del Mogo y Pipe, ya no vivían en la isla sino en la capital donde el uno estudiaba politiqueando y era ya bachiller. Serafín practicaba el periodismo. Autodidacta y eterno

trotamundos, se enrolaba de tripulante o de **timekeeper** con tal de hacer un viaje. Se les veía por la isla sólo a ratos.

—¿Quiénes son las muchachas que andan con ellos? —preguntó el Mogo Tin—. ¿Tú las conoces?

—Claro que sí. ¿Estás ciego? —dijo Felipe—. La que se zarandea con Marino es Ida Durgel. Creo que estudia y trabaja en la Zona del Canal. Crecida así y tan guapa ni la reconocía. La otra es Pamela, la sobrina de la gringa McLean que, desde luego, se hará la distraída al verme.

—Como ahora somos camareros —gruñó el Mogo—, también esos pendejos, Serafín y Marino, ni nos saludarán.

—Nada de eso —sonrió Felipe—. Serán cordiales por diversas razones. Todo es cuestión de conveniencia. Contra la voluntad de sus parientes, Marino e Ida están de novios y no desean que los delate. Serafín no frecuenta la casa de las tías. Es periodista. Seguramente se aloje con Marino. Puede ocurrir también que anden de incógnitos.

La clientela comenzó a retirarse. La achispada McLean subió a acostarse no sin darle a Talingo las órdenes del caso para cerrar el bar y la pianola.

—Las luces se apagaron, el baile terminó —cantó feliz Ida Durgel y de pasada saludó cariñosa—: ¿Qué tal Felipe?

—De rechupete, Tita —dijo mientras el otro le pagaba la cuenta. Ida y Marino salieron del salón. ¿Seguían viéndose contra la voluntad de los suyos? Tal vez Marino sólo deseaba aprovecharse de ese magnífico bocado que era Ida.

Pamela se besaba al socaire con Serafín del Carmen.

Todo estaba en penumbras.

En el salón quedábamos Talingo, el Mogo, yo y dos camareros. Como era ya muy tarde, nos afanábamos por colocar las sillas sobre las mesas y habíamos comenzado a barrer.

En ese instante, me llamó Serafín.

—Chompipe ¿quieres llevarnos al pontón?

Miré a Pamela. ¿fingió no conocerme?

—Tú eres de la isla —le dije a Serafín—. Sabes remar. Usa mi panga. Cuando regreses, la dejas amarrada en el muelle. Ahí la hallarás.

—Gracias, Chompipe, En recompensa te dejo esta botella de whisky casi intacta. Un buen regalo para que te la bebas en mi nombre.

Y ésa era la razón por la que, apuntalándose el uno con el otro seguían trastabillando rumbo a la rampa. Ya en ella, al enfrentarse a la bahía, quedaron como quien ve visiones. Muy cerca de la orilla, silenciosa como cosa de magia, se veía una gran nave tan repleta de luces que parecía un pesebre navideño. En la calma absoluta de la noche aquel navío fantasma tenía todos los visos de algo definitivamente irreal. Era una grata visión maravillosa como de cuento de hadas.

¿Sería acaso ilusión de sus sentidos debido a la embriaguez?

A esa hora todo el pueblo dormía. No circulaba ni un alma. Nadie a quien preguntarle. Bueno, Pipe, no jodas, pronto amanecerá. Y acostados cada uno en una banca se quedaron dormidos.

DECÁLOGO CUARTO



La encuerada del siglo

La sirena de un barco unida al fuerte repique de campanas los sacó de su sueño. De modo alborotado corría la gente hacia la playa. El ruido de pisadas y las voces de hombres, mujeres, niños daban a comprender que sucedía algo insólito. En el claro albor de la mañana se delineaba con cierta nitidez lo que al abrigo de la noche les había parecido un navío fantasma. Aun seguían encendidas sus hileras de múltiples bombillos.

Zósimo Chen pasó en volandas y sofrenando a medias su carrera les gritó a plena voz:

—¡Felipe! ¡Mogo! ¡Apúrense! ¡En ese barco vienen los prisioneros de la guerra de Coto!

—Movidos por la asombrosa novedad, el Mogo y Pipe se echaron a correr rumbo a la playa.

El mar vaciaba y el agua estaba muy calmada. En uno de los charcos que había en las rocas de la orilla se lavaron la cara para despercutirse la gran goma que los hacía sentirse surumbáticos. ¡Qué manera bestial de darle al vidrio! A impulsos de las bascas, arqueaban.

—Ya habían desembarcado en varias pangas los oficiales presos y los soldados nacionales. Entre estos últimos vieron a Beto Cárcamo uniformado y con insignias. Era él quien comandaba el pelotón. Daba las órdenes con energía y aplomo.

—Los demás prisioneros, échense al agua vestidos. No hay suficientes pangas para desembarcarlos a todos. Nadie va a ahogarse. No es muy

hondo. Pueden llegar andando. No hace falta nadar. El agua no les dará ni al hombro. No importa que se mojen la ropa. Después se secará.

Los prisioneros comenzaron a echarse. La mayoría se persignaba. La nave, que era un vapor de poco calado, estaba a pocos metros de la orilla. Convencidos de que podían hacer el tramo caminando sin tener que nadar, todos los presos se tiraron al agua. Algunos, con los brazos en alto, protegían sus tamugas y hatos sucios.

Cuando todos los presos desembarcaron, Beto les ordenó ponerse en fila frente a la escuela. Advertimos que eran seis oficiales, uniformados, y unos doscientos hombres de tropa, mal vestidos, descalzos, desnutridos. Estaban empapados y algunos no poseían más muda que la puesta. Luego de mil demoras les tomaron una fotografía.

—Tenemos que vestirlos con ropa limpia y nueva —dijo don Plácido.

—¿Vestir a tantos hombres? —protestó Nino Olaya.

—Vestirlos y calzarlos —puntualizó Ladera.

¿Y cual es el sentido de esas contemplaciones? —preguntó Papa Chente. Son prisioneros. Que se sequen al sol y que se alojen en la escuela. Como ahora estamos en verano, los alumnos gozan de vacaciones. Los oficiales pueden acomodarse en la Unidad Sanitaria.

—Insisto en que debemos vestirlos —dijo don Plácido.— Tratemos de humanizar la infamia. ¿Qué culpa tienen estos hombres de una guerra que ellos no provocaron? La mayoría son pobres campesinos. Este conflicto, estoy seguro, lo inició la United Fruit Company y los terratenientes mancomunados con esa empresa gringa explotadora.

Nino Olaya, el Alcalde, trataba de explicar:

—No tenemos en la isla indumentaria como para equipar a este gentío. En las tiendas puede que hallemos alpargatas y algunos pantalones de diablo fuerte. Lo compraremos todo al crédito. Los chinos verán de quién se valen para cobrar la cuenta. Ven acá, Beto Cárcamo, tú que eres el sargento encargado de esta misión ordénale al capitán avituallarse en la ciudad. Que traiga bastimentos de boca y, además, camisetas, camisas, calzoncillos, pantalones, chinelas, en fin, lo necesario para vestir y alimentar tanto a los presos como a los encargados de su custodia. No estamos preparados para

tal emergencia. Por lo pronto, propongo que esta gente se dé un baño en el mar. Sin remilgos ni escrúpulos, no tendrán más remedio que bañarse desnudos.

—¿Desnudos? —preguntó María Palito.

—Tantos hombres arrechos y en pelota no son cosa de juegos —dijo Felipe.

Varias mujeres pusieron pies en polvorosa.

Huyeron en verdad las de la isla. Las chiquillas traviesas de la ciudad se entusiasmaron como si los hubieran dado a beber azogue. El intento que guardias y soldados hicieron para desalojar la playa resultó un fiasco. Las insignes muchachas de la **highlife** insistieron en quedarse confabuladas con un grupo de gringas para ver aunque fuera desde lejos aquella fabulosa encuerada. Una de ellas le dijo a un policía: Este espectáculo no lo veremos nunca ni aun pagando mil tucos.

El alcalde Chinino creyó más oportuno ordenar que los rehenes fueran llevados a la playa de Barlovento, donde podrían bañarse en cueros sin menoscabo de la moral. Aun así muchas de las curiosas pizpiretas lograron escurrirse y algo pudieron divisar traspuestas entre unos matorrales.

Felipe se sentía tan agotado que aunque quiso ayudar cargando bultos para alojar en la Unidad Sanitaria a los oficiales comprendió que sus débiles esfuerzos iban a ser inútiles y no quiso intentarlo.

La Unidad Sanitaria era una especie de **bungalow** situado en la playa frente a la escuela. Buenos recuerdos le traía aquella casa a Chompipe, pues en ella había residido pocos meses atrás la borinqueña con la que había gozado de buenos atracones eróticos.

Beto Cárcamo se le acercó a Felipe.

—Siento tener que darte una noticia desagradable, Pipe. Tu papá, bien lo sabes, era un hombre valiente. Murió en el campo de batalla como un héroe.

Felipe permaneció impasible.

—Yo creía a Goyo Gancho en el penal —dijo Zósimo.

—Le dieron de alta por buen comportamiento —repuso Beto—. Salió libre cuando partimos para Coto. Quiso enrolarse. Se empecinó en hacerlo.

—Sería cosa de juma —sonrió Felipe.

—De nada valen ya tus rencores —censuró el Mogo.

—Goyo Gancho se veía muy nervioso —dijo Beto—. Se embriagaba a menudo. Me imagino que estaba deprimido por lo del crimen y buscaba la muerte. Me hablaba de ti, Pipe, con afecto. Te envió conmigo un par de botas. Las compró para ti con los ahorros que hizo en la cárcel. Me dijo que él calzaba contigo. Tuvo que usarlas porque andaba descalzo y tuvimos que caminar bastante. A cada rato, cuando nos deteníamos a descansar, las limpiaba, las pulía con esmero.

—¿Me trajiste esas botas? —inquirió Pipe entre curioso y enternecido—. ¿Son bonitas? ¿Cuándo me las entregas? Quiero verlas. ¿Las compró para mí?

Mientras charlaban se habían ido acercando a Barlovento en cuya playa se bañaban desnudos todos los presos mientras sus ropas se asoleaban sobre la arena.

Serafín del Carmen, en calidad de periodista, estaba entrevistando a los oficiales a quienes Beto Cárcamo les consiguió trajes de baño y toallas. Entusiasmados por la alegría de los bañistas, el Mogo y Pipe también se zambulleron desnudos como lo hacían frecuentemente en la pocita. Poniéndose a la par de los presos tal vez quisieron demostrarles un gesto de confraternidad.

Los oficiales, ya en vestido de baño, se echaron a nadar. Uno de ellos permaneció vestido y se quedó charlando con Serafín del Carmen que a lo mejor lo estaba entrevistando. Enfrente, a poco trecho, Felipe, el Mogo. Zósimo y Beto Cárcamo charlaban apoyados a una barca varada. El sol ponía relumbres sobre las olas y calor en los cuerpos.

—Afortunadamente —dijo Beto— la guerra hasta la hora ha sido un triunfo para nosotros. Yo pienso regresar.

—Me iré contigo —dijo el Mogo.

—¿Y tú, Felipe? —preguntó Beto Cárcamo.

—No tengo la menor intención. Nunca seré soldado de una guerra entre intereses ajenos. Este conflicto bélico es algo sin sentido, una locura. Me lo dijo don Plácido. ¿Por qué tenemos que dejarnos matar? ¿A quién

carajo defendemos? A la United Fruit Company. Aquí en la isla algunos jóvenes se han alistado y hacen maniobras diarias. Caen fácilmente en el anzuelo con la falsa carnada del patriotismo. Que otros se pongan la máscara del héroe, yo no. Pienso que nuestra auténtica pelea debe ser otra. La lucha sempiterna por la soberanía contra los gringos.

—Tenemos que vengarnos de estos hijos de puta —declaró Zósimo.

Felipe dijo en broma:

—Yo me vengo, cogiéndome a las gringas.

—Aclárame eso. ¿Te vengas o te vienes? —preguntó el Mogo.

—Ambas cosas con el mismo pitongo —dijo Felipe.

—¿Cómo haces para que se te rindan las mujeres? —indagó Beto Cárcamo.

Felipe rubricó en plan de sorna:

—Mi astucia actúa veloz según el caso. Las reglas de mi juego son cada vez distintas. ¿Amor? ¿Conquista? ¡Nopis! Todo eso significa perder el tiempo. Yo acecho, monto, escapo, y a otro perro con ese hueso. Lo aprendí de mi abuelo Gancho Hermoso. ¿Quién será ese hombre de barba nazarena que habla con Serafín del Carmen?

Todos miraron hacia el sitio que señaló Felipe. Sí, era un fulano rubio de cabellera y barba tan crecidas que le daban aspecto de Jesucristo.

—Me ha mirado dos o tres veces como si yo le recordara a alguien. Me hace sentir desnudo.

—¿De qué otro modo puedes sentirte, Pipe —dijo el Mogo—. Estás en pura pelotilla. No eres ni más ni menos que un negro—encuero fuera del agua.

—Eso que dices me trae buenos recuerdos de San Miguel —dijo Felipe—. En esa isla hacen buenos sancochos de negroencuero. Entre nosotros nadie como ese peje. Los negros de la costa secan al sol sus lonjas. También lo comen crudo, en ceviche, con limón y picante.

Ya los doscientos prisioneros vestidos, bajo la vigilancia de diversos soldados y guiados por Cairote se encaminaban hacia la escuela.

Cinco de los rehenes oficiales siguieron tras la tropa con Beto Cárcamo.

Hacía calor. El hombre de la barba nazarena se quitó la camisa y aun las botas y se quedó descalzo.

Serafín devolvió a Zósimo Chen el bulto con los trajes de baño.

—Préstanos dos —dijo Felipe—; para mí y para el Mogo. Imagino que ese hombre de la barba nazarena desaprueba el nudismo.

—Es claro —le dijo en forma irónica Serafín del Carmen—. Si te sientes incómodo es porque el hombre de la barba nazarena parece Cristo y tú eres un pecador empedernido. No quiso desvestirse por pudor, pero es hombre de una enorme cultura. Lo entrevisté para mi diario. Es gran experto en construcción de navíos y profesor de un colegio salesiano de Costa Rica. Él y yo hemos estado casi en idénticas ciudades de América y de Europa, sólo que en épocas distintas. Me ha dicho que le agrada esta isla. Quiere quedarse. Aquí haría falta un hombre como él. Al Ñopo le podría interesar. Le hablaré a Cándida.

—¿Por qué estaría mirándome?

—También los oficiales al mirarte hicieron chistes que más parecen un elogio de tu virilidad. Dijeron que eras hombre de suerte por ser un negro aventajado. No te ofendas. ¿Quién no quisiera estar bien equipado? Acuérdate de las algarabías que se formaban cuando llegabas en pelota a la poza.

II

El hombre de la barba nazarena

La poza grande tenía casi el aspecto de una alberca y en ella se bañaban las mujeres con camisones rojos, hopalandas tan amplias que, a veces, les impedían nadar amén del susto de parecer ahogadas. Desnudas de medio torso arriba solían enjabonarse conversando o cantando, protegidas de indiscretas miradas gracias a dos enormes piedras que, al margen del camino, fungían de centinelas.

A pocos metros, quebrada abajo entre los árboles, la pocita, hondo embudo horadado por el chorro en la roca, era feudo exclusivo de los hombres quienes acostumbraban darse el baño desnudos y por turnos debido al mini diámetro de la noria.

Cuando, rumbo a la poza de las damas o viceversa pasaban éstas por lo alto del camino, lo usual era gritarles no miren y eso bastaba; sin embargo, como los tiempos cambian, las nuevas chicas a la moda, descaradas y algo sofisticadas, solían echar vistazos, sobre todo si quienes se bañaban en la pocita eran mozos impúdicos de armas tomar y amigos del exhibicionismo. Por tan insólito desgreño de la ética, la pudibunda María Adelaida porfió con el Alcalde hasta inducirlo a suprimir el nudismo.

Cierta mañana cálida, Felipe y sus compinches estaban desnudándose en la pocita cuando uno de ellos, el Mogo Tin, les hizo ver, sobre una tabla clavada a un árbol, una ordenanza por medio de la cual el Alcalde prohibía bañarse en cueros. Haciendo caso omiso del edicto, se quitaron la ropa con mayor ligereza y se orinaron sobre la prohibición alcaldicia. La tinta del severo manuscrito quedó ilegible al ser rociada por los fieros chisguetes competitivos. De pronto, oyeron que alguien silbaba **yes we have no bananas**. No había duda al respecto, era Cairote. Se formó un zipizape